



**EL CONSEJO LOCAL DE HERMANDADES
Y COFRADÍAS DE MAIRENA DEL ALCOR**

tiene el honor de invitarle al:

**Pregón de la
Semana Santa 2025
de Mairena del Alcor**

pronunciado por:

D. JOSÉ MANUEL ORTEGA SEDA

y presentado por:

D. JESÚS ORTEGA SEDA

tendrá lugar el próximo:

**DOMINGO 6 DE ABRIL
A LAS 12 DE LA MAÑANA EN LA
PARROQUIA STA. M^a DE LA ASUNCIÓN**

interviene como invitada la:

BANDA MUNICIPAL DE MAIRENA DEL ALCOR

Interpretando las marchas:

**CADELARIA, de Manuel Marvizón Carvallo.
EL CACHORRO SAETA SEVILLANA, de Pedro Gámez Laserna.
AMARGURAS, de Manuel Font de Anta.**

Mairena del Alcor, Año Jubilar del Señor de 2025.



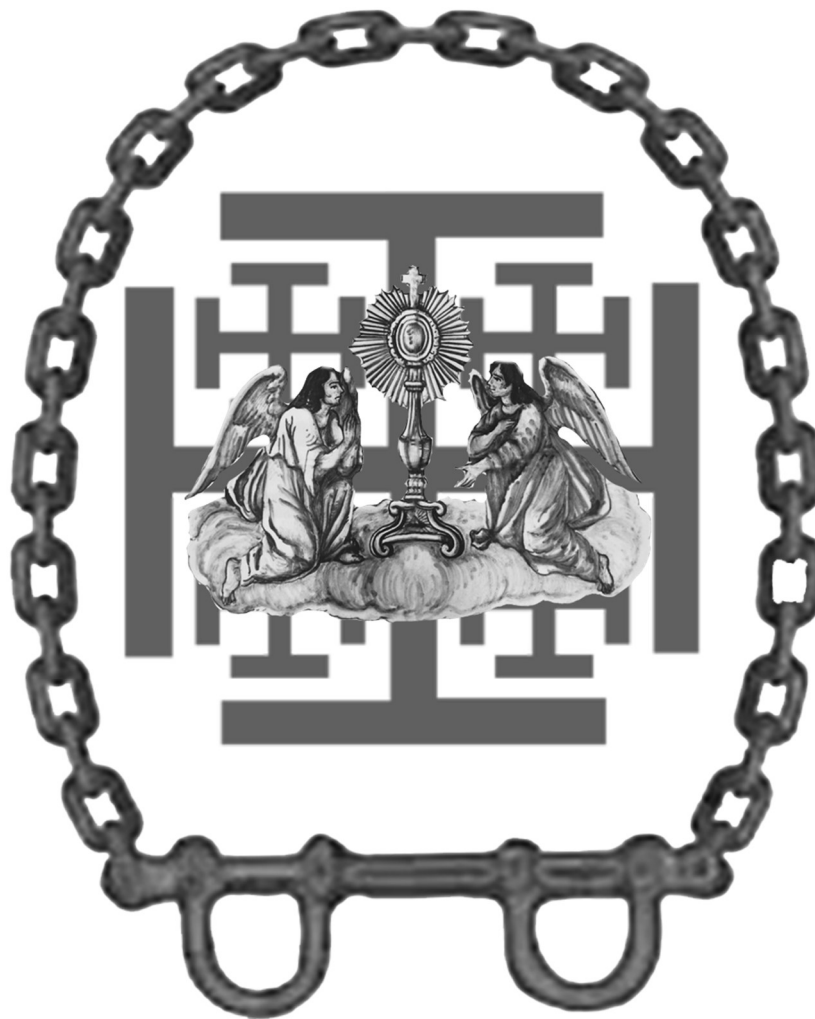
David Gómez

XXXVI Pregón de la Semana Santa de Mairena del Alcor

Presentación del Pregonero

D. JOSÉ MANUEL ORTEGA SEDA

6 DE ABRIL DE 2025



Presentador: D. Jesús Ortega Seda

Supone toda una paradoja presentar a quien ha hecho de la discreción su sello de identidad.

Y es todo un reto ser ponderado: justo con lo que merece, respetuoso con lo que le gustaría.

- Reverendos Sacerdote Párroco y Diácono, Ramón e Hilario.
- Excelentísimo Señor Alcalde – Presidente, Juan Manuel.
- Concejala de Economía, Hacienda, Flamenco, Educación y Régimen Interior, Gloria.
- Presidente y miembros del Consejo Gral. de HH y CC.
- Hermanos Mayores, cofrades, hermanos, maireneros, gentes de bien...

No me lo tengan en cuenta, pero he sido observador y compañía de la vida del Pregonero durante 44 años y ahora sólo tengo unos pocos minutos para ejercer de narrador.

En mis más de 25 años estudiando y trabajando en Granada y Madrid, he pasado ya más vida fuera de Mairena que aquí. No termino de ser de otro lado, igual que tampoco dejo de ser de aquí. Todavía hay un cordón umbilical que me une a mi tierra: mi gente, mi familia, mis amigos, mis tradiciones...

Y tradición es recordar las veces que hemos estado en este presbiterio.

Llego a este atril sin haber contestado a la pregunta que debería articular estas palabras. ¡Pero qué remedio! Primer tropiezo. ¿Cómo empiezo? ¿Cómo acabo? ¿Qué cuento? ¿Cómo lo enfoco? ¿A quién nombro? ¿Hablo de mi hermano? ¿Hablo de mi compadre? ¿Hablo de mi amigo? ¿Hablo de mi maestro?

O, quizá, mejor hablar del monaguillo, del catequista, del costalero, del capataz, del cofrade...

Eso sí, me propuse desde que me preguntó si quería ser su presentador tirar sólo de dos recursos: Evangelio y vivencias. Porque, como cristianos, ¿qué más necesitamos? Decía San Jerónimo que *desconocer las Escrituras es desconocer a Cristo*.

Mi hermano es pura entrega; sólo es dueño de su conciencia. Porque, con el respeto de mis hermanas, mi hermano es el crisol de la magnanimidad, la genética y el carácter de mis padres y nuestros ancestros:

La piedad de mi abuela Gracita; dicen que la seriedad de mi abuelo Ortega; el honor de mi abuelo Calabazo; el humor de mi abuela Pilaíta; y la entrega, el trabajo y la discreción de mis padres: estar para hacer; acabar, recoger y marcharse. Soldado que se retira, vale para otra batalla.

Si hay una palabra que define a mi hermano es **entrega**: un marido entregado, un padre entregado, un hijo entregado, un hermano entregado, un amigo entregado, un trabajador entregado, un cristiano entregado.

Cuando mi hermano contaba con una semana en este mundo, mis padres y mi Tata se mudaron a nuestra casa, a la calle Ancha, para convertirla en la sede de la Escuela de Valores Ortega Seda. Ya saben, el 68 de la calle Ancha: poquita fachada, bastante hondura.

Allí comenzó una historia de vida que nos trae hasta nuestros días.

Los Orteguitas no éramos una visita cómoda. Éramos una pequeña patulea... No era sencillo encajar en cualquier lugar. Por eso mis padres convirtieron nuestra casa, el hogar, en una pequeña Betania. Y mi hermano, como hemos aprendido desde pequeños de ellos, siempre ha sido puro servicio. No en vano, Marta es el nombre de su primogénita. *Marta, Marta, te preocupas demasiado por muchas cosas. Pero sólo una es necesaria.*

Estudió en Altair. Ahora, lo formal sería decir que los valores del colegio le marcaron, pero, ¿qué quieren que les diga? Mi hermano ya los llevaba bien aprendidos.

Es la viva constatación del mandato de San Josemaría Escrivá de Balaguer: *"Haz lo que debes y está en lo que haces"*. Porque pocas personas he conocido más entregadas y abnegadas con lo que se compromete.

Me ha costado escribir esta presentación porque no sé dónde poner la linde; porque tengo prisa por acabar para escucharle, que es a lo que verdaderamente hemos venido. Pero, como mencionaba, he de ser justo con lo que merece.

De las millones de anécdotas que tenemos, he elegido una:

Durante los años que fue contraguía (no recuerdo el año, ni es importante); la primera vez que cogió el llamador, en el silencio de la calle Cristóbal Colón, antes de dar el tercer golpe, cuando todos los capataces dicen el tradicional: *“Tos por igual, Valientes. A esta es!”*. Mi hermano llamó *“Tos por igual, Hermanos. A esta es!”*.

Aquella chicotá fue la más silenciosa que yo recuerdo de todos mis Viernes Santos con costal.

Al bajar el paso, alguien hizo un comentario socarrón: *“¿Hermanos? ¿Quiénes son hermanos?”*. En la penumbra de la parihuela, me giré y le dije:

“Nosotros somos hermanos. Estamos aquí porque somos hermanos. Si fuéramos valientes, como dicen otros capataces, estaríamos en otros lugares donde, para ir o estar, haga falta verdaderamente ser valiente. Aquí estamos porque somos hermanos; el único que merece ser llamado hoy valiente es mi Chacho, que es quien de verdad ha tenido los redaños de llamarnos por lo que somos”.

Mi hermano es el sabor de una copa de manzanilla disfrutando de la vida, un abrazo en verdiblanco celebrando un poco de lo mucho que merece, el olor a incienso de una cartujita humeante en cualquier época de año, un “tos por igual, hermanos” jondo entre el Cantillo Lanero y El Arco...
Mi hermano es amor y humor.

Yo, que soy un ferviente admirador de Nicolás Maquiavelo, aplico a rajatabla una de sus menos conocidas, pero más certeras sentencias: *“aquellos que sustituyen lo que es por lo que debería ser, van camino de la perdición”*. El tiempo, las circunstancias y el ambiente laboral en el que me muevo no paran de darle la razón. Pero siempre me topo con una excepción... **Ese inquebrantable idealismo cofrade de mi hermano**. Mil veces ha visto la cara amarga de este mundillo, y mil una se ha levantado, ha regalado una sonrisa y ha seguido adelante.

Considero que, en este mundillo, en este microcosmo sobramos cofrades y faltan cristianos. Y estoy dispuesto a debatirlo hasta la extenuación, y mantener y defender esta postura. Los cofrades nos hemos obsesionado con el Monte Calvario. El sacrificio que se produjo allí da sentido a nuestra Fe. Pero las Hermandades no deben ser un calvario, sino un Tabor: *“Maestro, ¡qué a gusto estamos aquí”*.

Decía Viktor Frankl que *“el hombre es capaz de cambiar el mundo para mejor si es posible, y de cambiarse a sí mismo para mejor si es necesario”*. Mi hermano ha hecho de su vida cofrade ese ejercicio de mejora y de necesidad. Ha sido todo porque ha dado todo.

He visto y vivido innumerables veces en las que mi hermano ha antepuesto el nosotros al yo; ha templado y aparcado el ego para dar sentido y amplitud a la palabra Hermandad.

Él presume de haber tratado con los mejores, de haber aprendido de los mejores. Y eso, aunque él se resiste a reconocerlo, le sitúa a él también en ese Olimpo de los mejores.

Aunque no lo quiera reconocer, forma parte de ese **Cabildo de Oficiales de Maireneros Ilustres**.

Llegó a este templo, a las Hermandades, sin hacer ruido. Ha trabajado sin descanso. Se ha comprometido hasta casi la incuria. Y, llegado ya a los 50, da un paso al lado. En silencio, ha hecho lo que sólo los grandes saben hacer: pasar desapercibido y salir de la escena sin que se note su ausencia. Porque también rehuía de que se notara su presencia.

Y yo sé que hay ausencias que duelen. Que, cuando pasa por la puerta de San Pedro, sigue mirando para dentro; y que las mañanas del 15 de agosto, sigue sentándose en la misma silla y en la misma zona, esperándole porque quizá...

Forma parte del saber estar, el saber marcharse. Y ese es requisito sine qua num para no convertirse en un estorbo. Quien no aporta, no importa. Hay que saber dejar paso.

Ahora, y parafraseando al anciano Simeón, redacto mi testamento cofrade:

Ahora, Señor de la Cárcel Sacramentado, mis ojos han visto a tu más leal y fervoroso devoto convertirse en Pregonero.

Nunca perdí la Ilusión y me trajiste esta Esperanza.

Chacho, entras por derecho propio en el **Cabildo de Oficiales de Maireneros Ilustres**; con los mejores.

Porque, los mejores no son los elegidos. No nacen con algo. No sienten tener nada de qué jactarse.

Los mejores son los desconocidos. Los sencillos.

Los que cada día hacen de su vida un propósito exigente.

En silencio, escondidos. Son naturales y discretos.

Humildes e independientes. Caminando siempre más allá de sí mismos y del camino.

Pasan desapercibidos. No tienen añadidos.

Logran hacernos sentir que todos somos eslabones de algo más grande.

Se trata de ser los mejores, sin apellidos.

Los mejores van más a allá de lo que les ha sido dado.

Sienten que la verdadera misericordia no es de los elegidos, sino de los que eligen.

Con una simple decisión personal, nos cambian, nos transforman.

Nos enseñan a renovar y a ampliar la mirada sobre el mundo.

A ser optimistas siempre. A creer en lo humano. A mirar más allá, a perseverar.

Se regalan, se vacían y se hacen sentir.

Prefieren ser parte de la solución, para no ser irrelevantes.

Los mejores son grandes porque se saben pequeños.

Miran más allá de sí mismos. Son indiferentes al orgullo.

No son lo que tienen; son lo que dan.

Saben que la verdadera personalidad no es heredada; es conquistada.

Los mejores siempre cargan de frente. Se enfrentan al único reto que les supera: ellos mismos.

En sus empeños saben que no están solos, nunca.

Toman decisiones de las que quizá no verán frutos, pero dan pasos firmes.

Y lo que de verdad empieza, no termina nunca.

Pregonero, ¡tuya es la palabra!

Bendita sea la tierra que quisiste que nuestros pies pisaran. Benditas las vistas que deseaste que nuestros ojos pudieran disfrutar. Benditos amaneceres, bendita tu agua, sublime tu luz, bendito ese misterioso lienzo que tanto poder atesora. Loadas son las primaveras que nos regalas, en las que nos concedes cada año el privilegio de ser partícipes de una de las maravillas de la creación: tu pasión, muerte y resurrección. Un gran alarde llevarte a gala, de poder abrir mi pecho y presumir de ti, con orgullo, y poder decir que nací en el más exquisito de los rincones que creaste.

Este paraíso que les cuento debe parecerse a un lugar donde reine la blancura de casas encaladas, con techos de tejas de las antiguas barrerías, que fueron cocidas al fuego que quema la leña de los olivos y naranjos de estos ricos alcores.

Tendrá que ser un sitio donde huela a copa de cisco, a buen café, y a buen puchero hirviendo. Que ese olor se mezcle con aroma a tierra mojada, a matalaúva y a ajolín, a magdalenas y bizcochos de olla, cocidos en los hornos de las viejas panaderías donde, mientras se amasaba y cocía el pan, se hablaba de cofradías, se cantaba por seguidilla y toná, como ocurría en las viejas fraguas, y en las tareas del campo, mientras se labraban con yuntas, y en las labores de siega y trilla. O cuando se verdeaban los olivos y se cogían las naranjas de las mejores huertas que se conocen. O mientras se lavaba la ropa en los lavaderos de L'atajea con el agua que volvía a los molinos, donde la molienda del trigo generaba blanca harina.

Un lugar que ha sido cruce de caminos, hatos de pastores, donde la historia se empeñó en que se asentaran diversas civilizaciones, porque brota el agua de sus suelos y son del provecho por donde esas minas y veneros discurren, donde se

calma el calor del verano con tertulias en las puertas al fresco de la noche, donde en las tabernas y en las tiendas de barrio se hablaba de Dios, y de cante... ese lugar no puede ser malo.

Un lugar del que Jorge Bónsor se enamoró y quiso quedarse para siempre, un sitio que hasta el universal Cervantes lo menciona en su obra, un lugar tocado por Dios, donde allá por marzo con su Cristo y en abril, por la mejor y la más antigua, son diferentes a cualquier otro sitio de la tierra, que celebramos la Pascua cambiando el hábito y el costal por el tercio, el cante, el baile y los trajes de flamenca; que fue elegido y preparado por el Altísimo para que solo podamos disfrutarlos unos cuantos.

Ese lugar es la gloria, este lugar es un prodigio y esa gloria se llama Mairena.

Estimado Señor Cura Párroco, amigo Hilario Excelentísimo Señor Alcalde, Señora Delegada de Cultura y Fiestas Mayores, Señora Diputada Provincial, Corporación Municipal, Señor Presidente y compañeros de la Junta Superior del Consejo Local de Hermandades y Cofradías, anteriores Presidentes de este organismo, hermanos que conformáis las Juntas de Gobierno de nuestras hermandades, queridísimo presentador, familiares, , hermanos que compartimos atril en esta cuaresma, amigos, personas de bien que nos acompañáis a través de Canal Doce y el Youtube de la Parroquia, un placer contar con vuestra presencia. Muy buenas tardes.

Existen dos palabras, **PERDÓN y GRACIAS**, que considero han de ser el eje de la vida de quienes nos sentimos y vivimos como cofrades. Y mira que son cortas y fáciles de nombrar, pero tan difícil de llevar a la práctica. La primera de ellas, **PERDÓN**, porque con ella reconocemos nuestra miseria. Es una palabra que, aceptándola con sinceridad, nos reinicia y nos hace bajar de las más altas cumbres a las que elevamos nuestro ego. Por esto, lo primero que quiero hacer en esta mañana **es pedir perdón** a quienes, por uno u otro motivo, mi comportamiento inmisericorde me haya alejado de ser cercano, de mi insensibilidad o de no haber sabido percibir el dolor o haberlo causado yo mismo. *“Cuando vayas a presentar tu ofrenda ante mí, habiendo faltado a tu hermano, déjala a un lado, ve y te reconcilias con él y después vienes y me la presentas”*.

Abandono mi arrojo y mi miseria, y dejo aquí, a los pies de tu altar, apartada mi ofrenda en forma de pregón. Abro mi corazón al mundo y a cuantas personas que por mi hayan podido sentirse ofendidas.

La otra palabra es **GRACIAS**, que, si ya pedir perdón es complejo, agradecer cuanto hemos recibido, ni os cuento. Por esto, estoy más que convencido de que no creo que haya una mejor forma de iniciar este día si no es agradeciendo.

Y es que en esta mañana son muchos los motivos por los que he de mostrarme agradecido. Uno de ellos, el placer de poder estar dirigiéndome a ustedes, respetables hermanos, para mostraros mis sentimientos. Gracias por este papel que guarda mis vivencias, y por estas pastas que los custodian. Y a ti, hermano mío, más que un amigo, uno de mis confidentes, no encontraré **nunca las palabras adecuadas para agradecerte esas que sobre mí has pronunciado**, convencido de que son para mi **totalmente inmerecidas** y

que representan el cariño que nos profesamos de manera sincera. Las recojo como toda una muestra de reconocimiento a la educación y formación que en casa nos han procurado inculcar papá y mamá. No me cabe la menor duda que este atril de dorada madera será ocupado, más pronto que tarde, por algunos de ustedes, **infinitamente más merecedores que yo**. Gracias, hermano.

Mis padres han supuesto todo un ejemplo de valía, de lucha y de sacrificio para nosotros, en una situación familiar complicada y en una época, también compleja, pero de la que **no me puedo sentir más orgulloso y no tendría ningún derecho a criticarles absolutamente nada**.

Ellos nos dieron la vida y nos marcaron con la fe, poniendo todo su empeño, no con pocas dificultades, en moldearnos a su imagen y semejanza, y han representado para nosotros una proyección constante de amor al prójimo, un espejo donde mirarnos, un manual de vida cristiana y comprometida. Nos habéis enseñado a los seis a ser mujeres y hombres de bien, a ser respetuosos con las personas, mayores o jóvenes, cualquiera que haya sido su identidad, situación social o procedencia. Hemos tenido la gran suerte de habernos criado con la presencia a diario en casa de personas mayores, nuestros abuelos, que nos ha servido para saber apreciar aún más si cabe el valor del respeto, y de cuya sabiduría y experiencia nos hemos nutrido. Llevamos a gala con gran satisfacción el haber nacido en el seno de una familia que es **igual de trabajadora que humilde**, en la que con mucho trabajo y mayor agrado nuestros padres nos han criado y educado en un ambiente de responsabilidad, de compromiso, de donde se da la palabra y se cumple y donde el respeto es primordial. Con mayor o menor acierto, cada uno hemos emprendido nuestros caminos laborales, con la

satisfacción de cumplir allá donde hemos llegado. Donde hay mucho, la diversidad es mucho mayor y ahí radica la riqueza, en la pluralidad, pero siempre con la base de las cosas bien hechas, o al menos, con la mejor de las intenciones.

Bien nos habéis enseñado a sacarle jugo al dicho de que se es más feliz dando que recibiendo. **Gracias, mamá, gracias, papá.**

Siempre he presumido de tener como referentes a mis cinco hermanos, María de Gracia y Pilar que lleváis los nombres de nuestras abuelas, Regina y Dori, nombres de tradición familiar, y Jesús, por quien reina desde la plazoleta en mi casa desde que tengo conocimiento. Ellos han sido, son y serán personas que han dejado su comodidad y su bien para hacerlo al prójimo.

Después se han ido incorporando a esta familia nuevos miembros, procedentes de otras, **también con sus buenos principios**, y que han llegado para implementarnos con su manera de ser, de comportarse y acoplarse con su compromiso, seriedad y sus formas de enfrentar la vida. Vidal, Manuel Jesús, Kiko y Macarena sois, junto a mi esposa, verdaderos ejemplos de sencillez, de entrega, de saber estar y leer en todo momento la necesidad, cuando la ha habido, y reaccionar siempre en la justa medida.

Fruto de la unión entre ellos y de quienes decidieron abandonar esta familia, fueron llegando más Orteguitas a la vida. Pilar, Lucía, Elena, Irene, Manuel Jesús, Miguel, Ángela y Pablo, junto a mis dos tesoros Marta y Celia. Todos ellos representan a tantos sarmientos de una misma vid, que cincuenta y tres años atrás decidieron sembrar mis padres.

Casi veinticinco años antes, yo también llegué a la otra parte de mi familia, de la cual me siento **cada día más**

orgullosos. Mis suegros me acogieron como otro hijo más y junto a mis cuñadas Dolores y Carmen, que unieron sus vidas a Agustín y Manuel Jesús, proporcionaron otra inyección de cariño junto a mis sobrinos Cristina, Manuel Jesús, Gloria, José Julio y Carmen. Fruto de su unión con José Miguel, David y Ángela, se ha ido acrecentando más la familia con la llegada de Hugo, Blanca, Manuela, y de Manuel, que está por llegar.

Me siento un privilegiado por pertenecer a una familia tan grande, con una enorme cantidad de tíos y primos hermanos que, junto a mis compañeros de trabajo y a mis amigos de la infancia y de la actualidad, conformáis un fortín que, para aquellos que somos débiles de espíritu, os considero como mi reconforte ideal.

Y de ti, Elo, ¿qué decir? Nada que reprocharte. Todo lo contrario. Todo ternura, comprensión, **resiliente** hasta límites insospechados... en los casi treinta y cinco años que llevamos juntos has tenido que sufrirme desde tu discreción, que has sabido llevar con elegancia en **todo momento**, con una capacidad de adaptación sin igual, en épocas de **altos y bajos, de euforias y de sufrimientos**, momentos en los que he podido sentir tu incondicionalidad, y tu crítica, llegado el caso si considerabas **que aquello no lo veías para mí**. Junto a ti he podido seguir madurando de una manera responsable, teniendo siempre muy presente esa madurez comprometida de saber contarnos en **todo momento la historia al completo**, sin omitir la parte donde **yo** era el culpable. Tu eres lo mejor de mí y no sé si dispondré del **tiempo necesario** para devolveros **todo el que os he quitado**.

Y juntos, como siempre hemos querido hacer las cosas, hemos podido formar una familia cristiana, con dos

maravillosas hijas, Marta y Celia, que llenaron de ternura y cariño nuestro hogar. Dos niñas que hemos procurado inculcarles la fe y los valores de esfuerzo, trabajo y respeto, eligiendo cada cual su orientación profesional con profunda y natural vocación. En ambas se ha despertado el gusto por la música, algo nos llena de orgullo. Aprovecho para pedirle la venia al director de nuestra Banda Municipal, amigo Francisco Javier, para que hoy mi Marta no esté ahí con vosotros donde tanto le gusta y ocupe con la familia este lugar.

Es por todo esto, como dijo San Francisco de Asís, por lo que creo que me has elegido a mí, porque tú, Señor, siempre eliges a los más débiles y a los absurdos que no cuentan para nada, para ser tu mano en esta laboriosa encomienda y para que te sirva de cayado para llevar a cabo tu obra. **Bendito seas Señor, por acordarte de mí.**

Y aquí me encuentro hoy, en este presbiterio que **tanto** respeto me causa, donde **tanto** he disfrutado y **tanto** he aprendido, y desde el que me presento en esta mañana del quinto domingo de una cuaresma que, nuevamente, nos situará en el pórtico de la Semana Mayor, esos días en que los sentimientos resurgen y en los que renovamos las vivencias y añoranzas de los recuerdos que marcan nuestro ser, y difícilmente, podemos olvidar. **Es la Semana Santa de siempre, pero distinta cada año.**

Los preludios de las celebraciones pascuales comienzan a fraguarse bien pronto. Atrás hemos dejado los primeros cabildos de cuentas y salidas y nos damos de cara con el domingo de la quincuagésima, cuando se empiezan a celebrar los primeros cultos, con una vieja liturgia que evoca a centurias pasadas, y que durante tres días tenemos la oportunidad, por la misericordia del que es Uno y Trino, de reparar nuestras ofensas.

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, **llenos** están los cielos y la tierra de vuestra gloria. Así suena el rezo cantado del trisagio seráfico en este **singular culto de carnaval.**

La preparación silenciosa y anónima de la ceniza, procedente de la quema de las palmas y ramas de años anteriores, y que en pocos días marcará nuestras frentes de conversión y penitencia, se presenta como otro hito que nos ha de acercar a la celebración de una nueva cuaresma. *“Acuérdate que eres polvo y al polvo has de volver”.*

Poco a poco se irán sucediendo nuestros cultos y vía crucis, que propiciarán momentos para reflexionar e interiorizar sobre nuestra fe. Sin darnos cuenta, el paso de las jornadas irá cogiendo un dinamismo imparable. Nuestras

casas de hermandad se convertirán nuevamente en hervideros de una actividad acusada. Llegarán las largas noches de trabajo, el bullicio de los ensayos y los montajes de los altares para los cultos. Los sacerdotes **no encontrarán descanso**, alargando muchas veces sus jornadas laborales, que se unirán a las tareas de la Hermandad, **relegando casi siempre sus obligaciones familiares**.

Las secretarías andarán echando humos, elaborando las papeletas de sitio y la formación de la cofradía. Los capataces y sus cuadrillas comenzarán los ensayos en esas noches aún de invierno.

En nuestras casas, se confundirá el trabajo diario con el ritual de elaborar la fina repostería cuaresmal, que perfuman nuestros hogares y nuestras calles, y se comenzarán a sacar de las antiguas arcas y baúles las ropas de nazareno para probarlas. *“Niño, este año has vuelto a dar un estirazón y ya no queda dobladillo para echarle. Hay que comprar la tela y hacerte una ropa nueva”*.

Bendita bulla que no pesa. Las tradiciones siguen su camino de cada año. Cada madrugada de viernes, este jartible que les habla volverá a compartir con familia y amigos el cartelito que recuerda que **HOY ES VIGILIA**, advirtiéndoles del sentido de abstinencia de este tiempo cuaresmal.

Ya llega, llega una nueva primavera,
tocando a las puertas de nuestras casas,
cubriendo los naranjos con ese maná hecho fragancia
con el que nos bendices cada año.

Retornan, retornan los sacrificios hechos ensayos,
regresan los cultos, las misas y las velas de promesa.

Y afloran los sentimientos, y las casas de hermanos se
llenar

Retornan los vía crucis, los ciriales y la hechura de los
ramos cera.

Regresan los retranqueos y el sacar las papeletas.

Se funden candelерías y se almidonan las telas.
se cuelgan los terciopelos para que los pliegues se
pierdan.

Y vuelven las noches en vela, vistiendo a la Madre,
las flores se arreglan, se extiende los mantos
insignias se limpian, dispuestas, los tramos esperan.

**Sublime estación, mejor no la hubiera
que hiciste Señor, en primicia, primero a Mairena,
después, la Pasión por bandera
y todo lo bendijiste creando la primavera.**

De forma paralela, las formaciones musicales trabajarán en estas fechas sin descanso, ya que son muchos los conciertos, traslados y vía crucis en los que han de participar, poniendo sus sones, y la preparación para la Semana Santa no ha de decaer. Grandioso y poco reconocido el sacrificio que supone, también, para estos hermanos músicos de cada una de las bandas que nos acompañan. Nuestra casi centenaria Banda Municipal no se queda atrás. Una formación constituida por grandes profesionales, que a lo largo de su existencia ha sido comandada por excelentes directores y de la que han surgido grandes compositores, con cuyas obras, junto al selecto repertorio que atesoran, **pasean el nombre de Mairena por todos los rincones de la geografía**, escribiendo con notas de oro en los pentagramas de la historia.

Extraordinaria labor la que hacéis formando en la música cada año a **decenas y decenas** de jóvenes y niños, enseñándoles a amarla desde el esfuerzo y la dedicación, añadiendo un valor extra con cada logro que consiguen, persiguiendo el sueño de progresar para aspirar a formar parte de su banda juvenil, como paso previo a la Banda Municipal.

Dicen que quien canta ora dos veces... yo me atrevo a añadir que el que toca música, ora por tres. A lo largo de la historia, la música ha sido un elemento de conexión **de lo humano con lo divino**, expresando un sentido de asombro y maravilla en la presencia de Dios.

La música, por ello, expresa todo aquello que no puede decirse con palabras, **pero que no puede quedarse en el silencio**. Evoca sentimientos y acerca a los fieles, como en las celebraciones litúrgicas, a la presencia de Dios. Ya en el antiguo testamento, existen numerosas menciones a la participación de la música en los traslados del Arca de la

Alianza. La música que hacéis es, por tanto, una puerta más de acceso de nuestra naturaleza a lo espiritual.

También es de obligada mención el trabajo que viene realizando cada año mis queridos compañeros de Canal Doce. Currantes natos, que dais el do de pecho cada Semana Santa, no exentos de injustas críticas de quienes disfrutamos, desde la comodidad de nuestras casas, de las retransmisiones que nos lleváis a nuestras pantallas, poniendo vuestro trabajo al alcance y disfrute de las personas impedidas, enfermas, de sus cuidadores y de nuestros mayores. Como digo siempre, cuanto mayor es el día de fiesta, vuestra presencia se vuelve más indispensable. Bravo por ustedes también y que sean muchos años más.

Gracias, amigos, gracias, compañeros, por vuestra música, por vuestra perseverancia, por vuestro sacrificio y buen hacer, y por hacerle mucho más llevadera su penitencia a nuestros familiares, enfermos e impedidos, por evocar con vuestro empeño las mismas emociones que sentían al participar de las cofradías en las calles y que, ahora por sus limitaciones, no pueden hacerlo.

Con una buena pieza musical interpretada, y pudiéndola ver en televisión, postrados en la cama de su alcoba, la buena pastoral que hacéis no tiene precio.

Gracias, gracias y gracias por darles compañía y por pasear el nombre de Mairena por todo el mundo.

Llega el mes de marzo, fiel como siempre. Y con él, una cita obligada en el almanaque de un mairenero: los cultos a su Cristo. Todo el mundo es del Cristo y siente la devoción por Él. El Cristo es especial y único. Es un apego a lo divino y a lo humano a la vez. Es sentir su respuesta al encontrarte débil, indefenso y necesitado, en medio de una situación de angustia.

Cada 11 y 18 de marzo Mairena sola se hace fiesta, ya que son fechas donde el mairenero siente su llamada y respondemos, retornando a nuestros orígenes, dando lo mismo si está el día malo, en que día de la semana caiga o desde donde tengamos que venir. El mairenero acude para ver a su Cristo.

En las casas van saliendo de los armarios, de manera silenciosa, como es la esencia del Señor, los hábitos y grilletes. Cada año crece el número de foráneos que te visitan, presos de la curiosidad de haber oído hablar de un Cristo milagroso, representado en el raro formato de un cuadro que procesiona.

En los puestos de trabajo, en la universidad, en los ratos de tertulia... siempre que llega marzo, en las conversaciones entre compañeros se termina por hablar de la singularidad de nuestra Villa. Y despierta el curioso interés que hace que deseen venir a verlo, sin saber que este será el primero de muchos años en que no podrán quedarse sin regresar, prendados de su misterio.

¿Quién no ha obtenido sus favores por alguna súplica que se le ha implorado? La misericordia de este Cristo traspasa fronteras y no entiende de clases. Derrama su infinito amor, como se derraman cada mes de marzo **tantas y tantas lágrimas de cera** para que sea luz de nuestras vidas.

(Mirando al Cristo) Durante unos años he tenido la fortuna de poder estar muy cerquita de ti, y me has concedido el privilegio de conocer, desde la intimidad, muchas historias en las que tu inmenso poder se ha revelado.

Pude ser testigo del relato del familiar de un hermano que narraba cómo, a la hora de destruir unos documentos antiguos, carentes de valor, se percataron de que una parte del montón de papeles no ardía, porque sin saberlo, dentro de ellos había una stampa tuya y se resistía a quemarse. O el privilegio de ver cómo los reclusos de la cárcel portaban una imagen tuya, en una peculiar procesión de palmas, celebrada en el interior de un centro penitenciario, al que fuimos invitados. Una stampa milagrosa ver al Señor de Mairena portado por aquellos que, rendidos a su poder, piden perdón por sus cuitas con la justicia. Fui partícipe de cómo una vieja medalla tuya, encontrada en un olivar, muy lejos de aquí, supuso el remedio de una familia que se encontraba a la deriva, y que, desde entonces, goza de gran vitalidad y unión.

Por mi desempeño laboral he podido contemplar estampas tuyas en muchas cómodas y aparadores de los domicilios de nuestra comarca, alumbrada con velas durante todo el año. Presides las cabeceras de muchas camas de hospital y de habitaciones de las Ucis.

Quizás uno de los motivos de por qué esta tierra enamora tanto seas Tú, Señor de rasgos orientales. ¿Cuántos soldados de remplazos, para servir a nuestra Patria, eran tocados en su pecho con tu medalla? Este es el auténtico carné de mairenero, expedido por el sentimiento y la devoción. ¿Cuántos opositores te han llevado en sus exámenes? ¿Cuántas velas de promesa han ardido en la intimidad de tu capilla? Y allí, desde la fría soledad de cualquier cabecera de

la habitación de un hospital, derramas incesantes gracias, sanando males y curando almas.

Eres el orgullo de quien a ti acude. A quien le concedes la gracia de la salud o el trabajo, ese nunca lo olvida.

Necesitamos verte pronto en tu capilla, que se sostiene como el pulmón espiritual de la devoción y de la fe de este pueblo. No nos podemos permitir el lujo de que las nuevas generaciones de pequeños maireneros no conozcan Tu capilla abierta al culto, ni puedan ir de la mano de sus padres o abuelos cada tarde a verte, o de que se hayan perdido el encanto que un once de marzo tiene en Mairena. Responsabilidad, empeño, compromiso y tarea es de todos.

Cristo de la Cárcel Señor de Mairena, escucha a tu pueblo que canta su pena.

Cinco veces te contemplamos
en este tu pueblo compungido
al que por amor tienes asido,
nuestros ruegos te imploramos.

Si por amor y por tu encanto
nuestras faltas omities
valga mi Dios que nos permites
el Amparo de su manto.

Ten presente nuestras cuitas
sin que en Ti causen espanto.

No permitas desencantos
en el fin de nuestras vidas.

Concede Padre del cielo
protección a nuestras familias
Amparo en nuestros anhelos
sé presente en nuestras vidas.

Y cuando el Padre me reclame
en el ocaso de mi vida
que mi comportamiento infame
no me prive de mis días

**en la gloria junto al Padre
del consuelo de las penas.**

Dulce Jesús de la Cárcel

**De Mairena luz y guía
seas por siempre alabado
vive y reina en nuestras vidas.**

La acción social y caritativa de nuestras Hermanades, de unos años para acá, se ha despertado de manera prolífica y elogiabile, siendo cada vez más conscientes de que, si las necesidades y el dolor de un hermano no nos duelen, tenemos un gran problema.

Decía la hermana María del Redentor, Vicaria de las Hermanas de la Cruz, en su ponencia del pasado congreso internacional de hermandades y piedad popular, “que el acompañamiento a las personas es básico en nuestra acción caritativa”. “No basta sólo con proporcionarles sustento material. Se trata de “hacer camino con ellos, de acercarnos y tocar sus sufrimientos y compartir su dolor, y devolverle la dignidad arrebatada y la confianza en sus capacidades”. Bellísimas palabras para hacernos reflexionar.

Además, nuestras acciones sociales deberían continuar yendo de la mano de la prudencia y del pudor, huyendo de protagonismos, ya que, cuando las cosas se hacen con el corazón, sobra su publicidad. Solo la complacencia de haber servido. *“Cuando hagas algo, que tu mano izquierda no se entere de lo que haya hecho la derecha.”* No sabemos cuándo nos puede tocar a nosotros ser los ayudados y el rubor que nos produciría ser parte de esa mención.

Si trato de hacer cosas de bien por ti y en tu nombre, Señor, no es para que me quieras más o me admires; es para que sepas que te quiero.

Cada día nos podemos encontrar multitud de situaciones donde sea precisa nuestra ayuda. Donde menos nos podemos imaginar, hay ocasiones para realizar esa labor. Decía San Pablo VI que los hombres de nuestro tiempo creen

más en los que dan testimonio con sus obras que en lo que enseñan.

Cómo me apena Señor,
hacerme pasar por tu amigo,
si en un engaño yo vivo,
creyendo engañaros a Vos,
que conoces todo de los vivos.

Cuánto me asusta, Dios mío,
si yo consiento el dolor
del que comparte conmigo,
un hábito, un costal o una devoción,
cuando sufre y no lo percibo.
No es lo que nos mandaste, Señor,
si ejercer la caridad evito
conmigo, primero, y después
con el que siento mi enemigo.

Compadécete de mí, Señor
pues me siento inmerecido
de contar entre los tuyos,
si no cumplo mi misión
de socorrer con mi auxilio.

Al que sufre, al que padece,
al que se siente incomprendido,
si eso primero no hacemos
todo queda sin sentido.

**Si por riquezas yo cambio
el bienestar de mi hermano
aunque me cueste los años
ampliar mis propiedades,
si no ayudo ni apoyo,
bien merecemos, yo y los míos,
que no nos tengas en cuenta
para el final del camino.**

Los cultos y la formación no se podrían entender **nunca si no van juntos y de manera inseparable**. ¿Cómo pretendemos hablar de Dios con nuestro testimonio, en nuestras estaciones de penitencia, si no nos preparamos para ello, antes y a conciencia?

A la hora de celebrar nuestros cultos nos despachamos con solvencia y brillantez, instalando nuestras priostías **bellísimos altares**, preparando las diputaciones de cultos **solemnísimas celebraciones litúrgicas**, dotando a éstas de grandes oradores para que nos exhorten con sus **profundas homilías... Pero la formación, es la gran olvidada**. La perspectiva social actual está basada en nuestra soberbia y en el negar que necesitamos de la presencia de Dios. A Dios, nosotros mismos lo hemos sacado de nuestras vidas. Pero como en cualquier disciplina, en la perseverancia y en el continuo beber de la fuente está la esencia.

Refería el sacerdote argentino, el padre Leonardo Castellani, que la cuestión no es convertir a los salvajes y perdidos en cristianos, sino convertir a los propios cristianos en cristianos. Formémonos. Expongamos a nuestras Hermandades nuestra inquietud para que nos ofrezcan **más formación que hasta ahora**. Pidámoselo a nuestros sacerdotes, que se preparen charlas y retiros en nuestras hermandades, abiertas a todo el que desee conocer más a Cristo. Y, sobre todo, **comprometámonos a asistir**. A veces genera cierto desencanto comprobar la baja afluencia a estas sesiones, frente la masiva asistencia de hermanos y fieles a los cultos externos que se celebran.

No desperdiciemos nuestro tiempo para darnos cuenta de que, los años que hemos cumplido, en realidad, son ya los que no vamos a poder disfrutar más. Los únicos años que

tenemos, en verdad, son los que nos queden por vivir, y no está la cosa como para irlos desaprovechando.

Aún recuerdo cuando la pandemia, que además de aprender a lavarnos las manos y a aplaudir, nos vimos necesitados de Dios. Los contagios y los fallecimientos de familiares estremecían nuestro corazón, haciéndonos temer verdaderamente. Acudimos a Dios y a la Virgen ante tanto terror y tanta impotencia. Buscábamos ese referente superior en quien nos sentíamos protegidos.

Aquellos terribles e inciertos sucesos nos privaron de lo que tanto nos gustaba, vivir con la libertad de siempre nuestras procesiones. A pesar de todo, hubo una gran repuesta espiritual de la gente, dentro de las limitaciones que sufríamos.

El año pasado, por otros motivos, volvimos a ser sacudidos con la imposibilidad de que las cofradías pudieran salir. Y nos volvimos a sentir huérfanos. **Es por lo que estoy más que convencido de que Dios nos quita lo que a nosotros más nos gusta para darnos lo que Él considera que más necesitamos.** Normalmente, de cada contratiempo se suelen sacar conclusiones y aprender algo.

Es por lo que considero necesario un resurgimiento de la acción formativa en nuestras hermandades. Un despertarnos a nosotros, los cristianos, que nos comportamos dormidos en la fe, para combatir el inmovilismo y ese ponernos de perfil, como si no fuera con nosotros.

Este año, que estamos convocados por el Santo Padre a celebrar el Jubileo de la Esperanza, trabajemos para encontrar, con la ayuda de Dios y la colaboración de la Iglesia y sus pastores, los medios necesarios para esta profunda renovación, **y poder comprender que todo lo que se vive con fervor en estos días en nuestras calles, fuera de los**

templos, tiene su origen y fundamento en la liturgia y en las celebraciones que dentro de ellos acontece.

Y hablando de la piedad popular, podemos presumir de tener en nuestra parroquia a hermandades que mantienen una singularidad que han conservado a lo largo de su existencia. Es el caso de una remozada Hermandad de Ánimas Benditas, una de las que aún se permite mantenerse pura tal como se fundó, y que ha sabido persistir en su historia, **rezando por las almas** de aquellos que abandonan este mundo, a través del culto a sus titulares. Una Hermandad de carácter penitencial que celebra sus cultos en noviembre, y que es referente en toda la archidiócesis por su **singularidad y antigüedad**.

Recuerdo con anhelo aquellos vía crucis de la víspera de todos los Santos, que servían de traslado de las imágenes del Cristo de Ánimas, que hoy en día preside la capilla del cementerio, y la antiquísima Virgen de las Tribulaciones, y veníamos desde la capilla de la barriada hasta la Iglesia mayor, para celebrar la tradicional novena de ánimas, con su procesión de velitas, que aún conservan.

Pepetón, Plácido, Antonio López, Pablillo, María... por nombrar algunos, son nombres propios de grandes hombres y mujeres, que forman parte de la memoria de nuestra parroquia, y que con su fervor y trabajo supieron legar y traer hasta estas fechas esta práctica piadosa de rezar y cantar coplas por las almas **de aquellos por quien nadie reza**, una de las obras de misericordia espiritual que bien debieran seguir ejerciendo, sin que otras pretensiones os distraigan de esta noble obligación.

No perdáis vuestros orígenes ni vuestra misión. Continuad con los sufragios, con las misas, los rosarios y vía crucis en el cementerio, y que el sonido de las campanillas nos

haga recordar siempre a quienes precisan de nuestros rezos.
Ya lo dice una de las viejas coplas de sus campanilleros:

La campana que hay en el cementerio
con su toque lento viene a recordar
que es la noche de todos los muertos
y una vez al año hay que alumbrar.

Unas oraciones debemos rezar
por las almas de los que se fueron
que ahora de ti esperan caridad.

Se narra en los evangelios apócrifos que Cristo, en su honorable advocación de la Ánimas Benditas, una vez entregada su vida al Padre, descendió a los infiernos para salvar las almas de tantas personas justas que habían sido privadas de su gloria a lo largo de la historia. Y se abrieron los sepulcros y tumbas de aquellos que en vida habían sido justos y vivido en la esperanza. Así lo reconocemos cada vez que confesamos nuestra fe en el credo:

“Padeció bajo el poder de Poncio Pilato.
Fue crucificado, muerto y sepultado.
Y descendió a los infiernos...”

Estas llamando, Señor, a muchas buenas personas, cofrades de hondo calado, y te las estas llevando contigo, dejándonos aquí unos vacíos irremplazables. Antonio Añicla, Diego el de Gandul, Antonio Navarro, Domingo Rodríguez,

Pepe Navarro...y muchísimos más cofrades que se me vienen a la mente que, durante sus vidas, se han vaciado en la entrega por sus Hermandades **¡Qué buena Junta de Gobierno te estás montando allí arriba!**

Conforta a quienes aquí nos quedamos y sufrimos por su pérdida, sin encontrar el consuelo que, a veces, desde el convencimiento de la fe de que nuestro familiar disfruta de Tu presencia, por momentos hace tambalear los cimientos de nuestras creencias.

Y Tú, Mayor Dolor de una madre
que sostienes en regazo
ese cuerpo hecho pedazos
de Tu Hijo muerto, que los cielos abre.

Mediadora de las almas.
abogada del Carmelo
que Tribulas desde el cielo
a quien purga por sus faltas.

**No consientas que al momento
de rendir, yo, cuentas al Padre,
mi alma no alcance rezos, ni ampare,
ni descanso, y haya de sufrir tormentos.**

El Viernes de Dolores viene marcado por la celebración del viacrucis parroquial, acto que durante unas décadas fue fruto de la decadencia, pero que a lo largo de los últimos años ha vuelto a tomar el auge que se le recordaba a finales del siglo pasado.

Piadoso ejercicio, que cada martes y viernes de cuaresma se cantaba, antes de la misa en nuestra parroquia, sustituyendo al santo rosario, con los cantos de esas estaciones que mi prima Gracita la del Sacristán entonaba - parece que la estoy escuchando, con ese peculiar timbre de voz que tenía-...

*“Acompaña a tu Dios, alma mía,
cual vil asesino llevado ante el juez
y al autor de la vida contempla
por ti condenado a muerte cruel”*

Cuando concluía este devoto ejercicio, las Hermandades de Vera Cruz y Humildad se disponían, ya de madrugada, a trasladar a sus sagrados titulares para entronizarlos en sus pasos.

Llegaban de esta forma los días grandes, los días del gozo, donde la primera luna de la primavera sombreaba de rojo nuestros calendarios. Señal probada de ello era cuando, aparecían en los escaparates de los antiguos comercios, los capirotos de cartón, las fajas de costaleros y las alpargatas de esparto, o los reposteros con los escudos de nuestras hermandades en la fachada de Casa Braulio. En nuestras casas se terminaban de arreglar las ropas de nazareno y se elaboraban los dulces de Semana Santa.

Transcurren, como os digo, las ferias de cuaresma, los últimos días de este tiempo litúrgico, porque hasta justo antes de la celebración de la Cena del Señor, es cuaresma. Entretanto, el sábado de pasión siempre se ha caracterizado en nuestra parroquia por ser una jornada de pregones con encanto, de retranqueos y de preparativos de la liturgia, ante la inminencia del ansiado Domingo de Ramos, cuando esa noche trasladábamos hasta la Ermita las capas pluviales, la cruz parroquial, adornada con lazos rojos y ramos de olivo, los ciriales, el incensario y la naveta. Ya esperaban allí las palmas, que días antes había traído Juan María el corsario, y las ramas de olivo, procedentes, primero, de los olivos del rancho de Guillermito, después, por la generosidad de la familia de José Luis de Hilario y, ahora, ya por últimas, por gentileza de nuestro Ayuntamiento.

Hosanna al Hijo de David. Bendito el que viene, en el nombre del Señor. Hosana en el cielo. (Dios nos permita seguir gozando **muchos años más** con esta antífona cantada con la que cada mañana de ramos nos deleita nuestra Carmelita Acosta).

Así se abre cada Domingo de Ramos. En torno a la plazoleta de San Sebastián se forma un bullicio de gente llevando ramas de olivo y palmas y que, más tarde se repetirá en la barriada. Cada domingo de ramos ha de ser el pórtico de nuestra gloria y servirnos para reconocer a Cristo como el rey y centro de nuestro ser.

Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera.

Avanza la procesión, abriéndola como desde que tengo recuerdos lo hicieran Manuel Vallejo y Antonio López, y que, tras su marcha al cielo, han continuado ese cometido sus hijos Francisco Jesús y Manuel Jesús. Lealtad y compromiso con nuestra parroquia, tal como sus padres sellaron y ellos reafirman cada año.

Singular esta procesión, la primera de la semana, en la que nos dirigimos hasta la iglesia mayor **dando testimonio público de nuestra fe**, esta vez con los rostros al descubierto. Muy emotiva resulta la llegada al templo, donde se mezclan el olor del incienso que la encabeza, con los solemnes cantos del coro parroquial y un cromatismo vivo de colores, **verde de las ramas de olivo, rojo litúrgico de los ornamentos, y el amarillo de las palmas.**

Una vez que esta misa ha finalizado, tras haberse proclamado solemne el evangelio de la pasión y muerte, el

ajetreo cambia de barrio, y en la capilla de la barriada los hermanos de la Borriquita se preparan para celebrar la función principal, que servirá como misa preparatoria.

Cuando finaliza este último culto previo, no hay tiempo que perder. Un revuelo de hermanos entra y sale de la capilla, para contemplar a sus titulares antes de revestirse con el hábito y ocupar su sitio en la procesión. Los oficiales y auxiliares se apresuran para sacar las bancas y preparar las insignias.

“¡¡Que las tres y media están aquí ya!! (acertadísimo el cambio de hora más temprana para salir). Para mi gusto, querido Alfonso, aún le cabe media hora de adelanto a la salida, para poder disfrutar con la luz de las primeras horas de las tardes de la primavera de la belleza del rostro del Señor triunfante, entrando en Jerusalén y repartiendo Salud. **¡¡Ay, la salud!!**, este bien preciado que cada día cuesta preservar y que tantas vidas está sesgando.

¡Qué dos advocaciones tan perfectas para tan excelsas imágenes! Ángeles y Salud. Bendito momento aquel de emprender la locura de refundar una cofradía de la Borriquita, y generar un espíritu evangelizador en aquella nueva barriada que abrazaba a la parte vieja de la Villa.

Nuestra Señora de los Ángeles, que tallase con maestría Paz Vélez, y que pronto iría tomando identidad con la blancura de sus hábitos, y la inocencia de aquellos primeros niños que cruzaron el dintel de una capilla María Inmaculada que acogía con cariño a esta nueva corporación.

Pequeños ángeles, cuya inocencia es inmensamente mayor que la madurez alcanzada. Ángeles de especiales necesidades de AEEME, de APRODI y de AVAIM, criaturas celestes, adultas en edad, pero con almas de niños.

Querubines de nuestras residencias de ancianos y de AFAMA, que devolvéis con sonrisas cuantos cuidados y atenciones recibís, aunque la enfermedad no os lo deje recordar. Ángeles benditos, que lucháis a diario contra **esa maldita lacra**, con la esperanza de poder tocar **esa campana que suena por cada batalla que se gana**, pero que parece que **nunca** llegaremos a derrotarla.

Hermanos castigados por la vida que **os favorecéis** de la dedicación de los voluntarios de Cáritas, de Llamarada y de Provida ...**no sabéis el bien que nos estáis haciendo. Tenéis toda nuestra admiración y respeto.**

Salud, Señor, para ellos y sus familiares. **Salud, Padre**, para cuantas personas se dedican por vocación y entrega a estos hijos tuyos. **Salud, salud, salud...** no me cansaré nunca de suplicártela. Estepreciado bien del que no echamos cuenta hasta que no nos vemos privados de ella, y nos condena a vivir amarrados a cualquier tratamiento médico.

Salud, Señor para nuestros médicos y profesionales de la medicina. Guíalos siempre en sus decisiones, Tu que eres la medicina divina, que curabas a ciegos y a leprosos y a paralíticos, y sanabas almas enfermas. Sois, sin lugar a duda, **fuentes incansables** de consuelo y las manos ejecutoras de tu providencia para sanar tanto mal que nos acecha.

A los lomos de un joven borriquillo
nunca montado por nadie, solo riendas y aparejos,
los vítores y el bullicio vienen de lejos
se agolpa tu pueblo, rodeado de chiquillos.

Como rey que eres, haces entrada gloriosa
te abrumas, justo monarca, por este pueblo
que te esperan como Mesías, con desvelo
a que justicies en la Jerusalén victoriosa.

Mujeres que se destocan, y extienden
cual alfombras al suelo, ricas telas
alzando palmas y ramas de olivo te veneran
más tu reinado de paz no comprenden.

**Asomas por la puerta, cual remanso
imploran a tu noble complacencia
enaltecen tu figura con vehemencia
Salud que nos bendices sin descanso.**

**Rostro de paz, Dios presente
confortas con Salud por donde pasas
divina providencia, corazón que abraza,
grandeza de tu amor que abraza a tanta gente.**

El devenir de la vida me ha unido a Ti y a tu Madre desde
mi adolescencia. En mi casa, el blanco y el morado son los
colores que han regido desde siempre. Tuve la dicha de
llevarte sobre mis hombros y cada Domingo de Ramos os
mantengo mi fidelidad.

Mientras mis hijas tenían la edad de portar palmas y roquetes con esclavinas, y después más adelante cuando llevaban su cirio, tramo uno hasta la recogida, donde un servidor ha sido un hermano más en la procesión gozosa de cada Domingo de Ramos. Carro, merienda, caramelos y canastito y, de vez en cuando, una vuelta por el último tramo del Cristo. Mi Celia era de repartir pocos caramelos, mientras que, con mi Marta no llegábamos al arenal sin tener que buscar el kiosco de guardia para comprar más. Estos han sido los domingos de ramos más felices e intensos que he vivido. Estampitas y algún que otro palmerazo, mientras trataba de evitar que quemarais con el cirio al nazarenito de delante. Años después, más asentadas por vuestra adultez en la fila, mi curiosidad se extendía a toda la cofradía y llegaba hasta el final de la banda del palio, donde compartía estación de penitencia, también con mi música. Me recorría bastantes veces el cortejo, desde la cruz al último clarinete de la Banda, para proveeros de agua en esos domingos de ramos de extrema calor que hemos tenido. Años después, móvil en mano, y grabando chicotás para amistar sentimientos de Mairena en San Julián, donde mi Marta, hermana de la Borriquita desde la más tierna infancia, se pierde su cofradía de Mairena por sus obligaciones como músico de la Banda Municipal.

Cuando ya la cofradía se estira por Marchenilla, te acompaño pegado a tu paso, bajando por la calle Armenta, porque como digo cada año, **por la calle Flato me gusta todo lo que pase.**

No creo que haya una calle en Mairena donde luzca más una procesión. Y cuanto más estrecha, más disfruto. Recuerdo el regalo que me hicisteis el año que, por un contratiempo, tuvo que volverse la cofradía para transitar por

la estrechez de Trianilla, cuando me sorprendió allí. **Enorme trabajo y esfuerzo** de la Hermandad en aquella situación adversa. Y todo un gozo para los pocos privilegiados que pudimos contemplarlo.

El retorno organizado de la cofradía que regresa a su barrio vuelve a erizar la piel. Con paso firme, buen oficio delante y debajo, ponen el cortejo en la misma puerta de la capilla a una hora y con una temperatura que invita a quedarse. La primera de Mairena se dispone para el regreso al interior de su casa, y eso no se lo quiere perder nadie. Para muchos maireneros que han disfrutado de las primeras cofradías en la capital, es una cita obligada la recogida de esta hermandad.

Una nube de incienso, junto a los pétalos y las voces de los músicos, entonando el Ave María de Encarnación Coronada, que Abel Moreno compusiese de forma sublime, - porque la barriada es mucho del Ave María y así lo lleva demostrando desde sus principios-, convierten a este arrabal de Mairena en un pedacito de gloria. No queremos que se acabe la noche, y, sin embargo, el cansancio de la jornada pesa.

Reside a diario, en una pequeña capilla
una niña morena, por Ángeles llamada
en nuevo barrio de esta Villa situada
acogida del cariño de vecinos, gente sencilla.

Si confundo tu dolor por lágrimas de redención
que se advierten en tu rostro al contemplarte

me pesa y me perdonas, Madre mía, por olvidarme
que sigues a Tu Hijo camino de su pasión.

Sales gloriosas a las calles por primavera
y presumes ataviada con las mejores alhajas
vestida por manos nobles, que bien te agasaja
arropada por la gente de un barrio que te espera.

**Paz Vélez percibió en sus sueños tu cara
y con sus gubias se apresuró en tallarla
para en este arrabal entregarla
y que todo un pueblo la venerara.**

**Salve siempre seas, niña morena
por justicia divina, coronada cual alteza
cubierta por blanco palio, tierna es tu pureza
muchacha nazarena por Dios preparada.**

El día de los ázimos había llegado y Jesús había enviado a sus discípulos a preparar el cenáculo, para celebrar allí con ellos la cena de la Pascua. Mientras cenaban, ninguno de los discípulos sospechaba que sería la última vez que comerían juntos.

Rezados los salmos, se dirigieron a Getsemaní. Al llegar, les pidió que oraran con él. Su angustia era palpable. Jesús caminaba en silencio y aturdido. Andando unos pasos más adelante, apartó a Pedro, a Santiago y a Juan para que le acompañaran.

“Padre mío, si es posible, aparta de mi este cáliz. Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”. ¿Cuánto temía pasar por todo lo que había de sufrir? Ni sus propios amigos pudieron permanecer en vela en este trance. “Despertad, pues ya ha llegado la hora”.

En esto se acerca una turba con guardias del Sanedrín, algunos sacerdotes del templo, y Judas con ellos. Llegaron con antorchas y palos. *“Judas, ¿con un beso entregas al hijo del hombre?”*

La joven Hermandad del Cautivo se predispone a realizar **la primera de las estaciones de penitencia desde su casa hermandad**. Es un nuevo escenario del que **estoy seguro llenará de grandes momentos cada miércoles santo**, y al que nos debemos ir haciendo. Un nuevo barrio que emerge en la villa abraza a esta Hermandad que, pese a su juventud, demuestra su veteranía en la implicación en la vida parroquial y social, y es latente el **incansable trabajo** que han venido desarrollando desde sus inicios. Así se ve reflejado en el rico patrimonio material y espiritual que van atesorando. **Inmensa tarea tenéis por delante para anclar a Cristo en ese barrio.**

Y Tú, Padre Cautivo, que procesionas en el **portentoso misterio** en el que te dan prendimiento, sufres el abandono de los tuyos, esos que permanecen escondidos entre las ramas del olivo. Son los soldados de la guardia judía quien iluminan el camino, mientras **Judas, ay, Judas, maldito traidor**, se lamenta arrepentido. Ya no hay vuelta atrás. **Por un puñado de sucias monedas has vendido a quien te quería como uno de los suyos. Maldita seáis la avaricia, la codicia y la envidia desde entonces.**

Cierren los ojos e imaginen por un momento este barco, surcando nuestras calles, siendo acompañado por una guardia judía a pie, que vaya dando escolta al misterio, portando antorchas, al son de los tambores roncós y las órdenes del peculiar sonido del shofar Sería un gustazo disfrutarlo, hermanos.

Pase, Señor, si es posible,
este cáliz de agonía
en mí; más siempre se cumpla
tu voluntad, y no la mía.

Salve Rabí, y lo besas,
traición que Jesús no merece,
dolor que superas con creces,
si vender al que es Vida no sopesas.

Atadas con cuerdas llevas tus manos,
antorchas y palos son testigos,

apresan al Cordero malherido,
te golpean y tratan cual villano

**A casa de Anás eres llevado,
a un injusto juicio sometido,
sentencias, Sanedrín enfurecido,
pues nada malo en ti es hallado.**

**¿Cuántos besos, Señor, ¿cada día?
enmascaran cobardes mis penurias,
si dirijo a mis hermanos mis injurias
pues sostengo, avergonzado culpa mía.**

Por la adolescencia de esta querida Hermandad, se produce cada año un hecho que, **a mí, me maravilla**, seguro que a vosotros también. Después del último músico de la banda del paso de Cristo y, hasta que comienzan los tramos de la Virgen, en ésta y en las demás Hermandades, se ponen en la calle **decenas y decenas de niños** de diferentes edades, con túnicas recogidas, con esclavinas, albas y roquetes, o vistiendo los más grandecitos su hábito, como si de un adulto se tratase. **El bien llamado tramo de los carritos.**

Es el lugar perfecto. **Siguiendo a Cristo, siempre detrás de Él y con María, Su Madre, tras ellos, cubriéndole sus tiernas espaldas.** Y acompañados por su mamá y su papá.

El arbolito desde chiquitito. Esos niños, -así nos tendríamos que volver nosotros si pretendemos entrar en tu

reino-, aprenden a querer a sus hermandades, incluso antes tener uso de razón, y ven cómo sus padres en ese día están con ellos, aguantando las horas de pie, pasando calor, y a veces fresco, cuando cae la noche, y comprenden con esa inocencia, que es el camino que siguieron sus abuelos, después sus padres y ahora, ellos.

Y María, la Madre llena de dolor, bajo la **bellísima advocación de la Caridad**, sigue este injusto suceso, cobijada bajo el precioso palio azul que sus hijos le han preparado con esmero y amor. Y es con esa belleza desmedida que Ventura te confiriese, con la que procesionas cada año, derrochando ternura a tu paso.

Caridad de una niña hebrea, que aceptaste con humildad aquel encargo para el que Dios te tenía destinada, y que te encumbraría a ser la Madre de la Creación. Caridad, que seduces a quienes en ti fijan la mirada; Caridad, que de Ti presumen orgullosos tus hijos, **por su labor callada** de arrimar el hombro, para socorrer las necesidades de quienes carecen. **Esas, esas** son las más preciadas joyas que cada Miércoles Santo llevas en los encajes de tu pecho; **esas** son las mejores insignias, repujadas en nobles metales, que procesionan en tu cofradía, esas que no se ven, pero que **son los verdaderos caminos a seguir** por quienes decimos sentirnos protegidos por Ti.

Cautivas con tu mirada, tez morena
la madre del Señor atormentada
bajo un palio azul vas coronada
sustentas en tu pecho tanta pena.

Paseas por tu barrio del Retiro
graciosa cofradía tan perfecta
divina nazarena tan selecta
retengo tu mirada en mis suspiros.

**Por lo escrito por profetas, Tu hijo es prendido
de los suyos sufre abandono sin piedad
temerosos huyen despavoridos**

**poniendo en evidencia su lealtad
Te dejan solo y desvalido
más solo le quedas Tu, Caridad.**

Refería el conferenciante argentino, Don Pablo Vallarino, **que nuestros hijos no tendrán éxito gracias a lo que nosotros hayamos hecho por ellos, sino a lo que les hayamos enseñado a hacer por ellos mismos.** Nuestros adultos nos han sabido guiar y formar en la gestión de las Hermandades, pero llega el momento en el que hay que abandonar ese estado de comodidad y dar el salto.

La juventud es crucial para la pervivencia del cristianismo y por ello, la vida de nuestras Hermandades depende de su compromiso. Decía San Antonio de Padua que el gran problema del cristianismo es **predicar y no practicar, creer y no vivir de acuerdo con lo que se cree.** Nuestros jóvenes cuentan con una formación académica excelente, son extremadamente competitivos y han de ser quienes tomen las riendas y el timón de las hermandades, como tuvimos que hacer muchas y muchos de los que nos encontramos hoy aquí.

Recuerdo una ferviente actividad juvenil en las décadas de los ochenta y los noventa, cuando la mayoría de quienes ahora dirigen o han regido a nuestras hermandades, fuimos componentes de diversas tertulias y grupos cofrades. ¿Quién no recuerda los carteles que editaban las tertulias El Cirineo o la Clámide Púrpura? ¿Conocieron al Grupo Cofrade El Penitente? Semilla que fue esparcida y cayó en tierra firme y, con los sabios consejos y la buena guía de nuestros sacerdotes y mayores, procuraron que fuésemos jóvenes de provecho, trabajando para nuestras hermandades y curtiéndonos en la fe y el compromiso desde ellas.

El ingresar como hermano en una hermandad implica una vocación y un compromiso con la Iglesia y con la sociedad. Así lo refería mi amigo Ignacio Valduérteles en una

charla reciente. Y las hermandades son un marco incomparable para hacer este apostolado.

Por eso me dirijo a ti, joven cofrade, no temas en dar el paso. Con firmeza, que en tu hermandad vean que eres una persona con arrojo, arriesgada y con ganas de crecer y comprometerte.

Formaos y empujad. Empujad mucho. La Iglesia y la vida de las Hermandades está en vuestras manos, en vuestro testimonio, en vuestra entrega... Defended la fe, defended a la Iglesia y estaréis defendiendo a vuestras hermandades. Eso mismo decía nuestro Maestro a sus discípulos. Quien quiera ser grande, que sea vuestro servidor. Eso os hará grandes.

La polivalencia y el potencial de la juventud no tiene límites y debemos hacernos presentes y ser de provecho. Tenéis que empezar ya a tirar del carro. Más adelante puede ser tarde.

Querido hermano joven, querida hermana joven:

Saca tu fuerza del pecho, no temas, no tengas miedo
grita a los cuatro vientos que eres de Dios y de su reino.

La vida os pone a prueba, es difícil ser coherente
en un mundo sin fe y sin valores, sin amor, sin referentes.
Demuestra tu compromiso, no te escondas, ten presente
que Cristo te necesita, para llegar a la gente.

Debes ser sal de la tierra, luz brillante y refulgente
que guíe al que está perdido, a quien sufre y al que padece.

Encontrarás mil peligros, más deberás ser valiente
junto a ti caminará, quien por ti la vida pierde.

La iglesia te necesita, piensa en el reto y detente
mira el rostro de la Virgen y el de su Hijo sufriente
y devuelve el sacrificio, da el paso y se paciente
para recoger los frutos, junto a tu Cristo doliente.

**No te escondas, alza el brazo, grita con voz muy potente
soy de Dios y de Su Madre, de mi Cristo penitente
y lucharé por mi fe, hasta el día de mi muerte.**

El Jueves Santo, día del amor fraterno, es una de las jornadas de las tres que relumbran más que el sol. Comienza el día bien temprano; para algunos, una prolongación del Miércoles Santo. La noche ha sido larga y todo ha de estar como en la calle Hondilla saben hacer. Las calles de la feligresía son un hervidero para visitar a las hermandades de la Humildad, Vera Cruz y Jesús.

Pero hemos de apresurarnos, porque estas visitas han de concluir a una hora prudente para facilitar a los hermanos y cofrades que puedan asistir a la Iglesia mayor. Es tarde de Oficios, y el lleno cada año está garantizado. Hay que aparejar temprano porque el sitio escasea.

Cristo y su cruz, la salvación... triunfaremos. Con el canto de esta antífona da inicio la celebración en la que Cristo instituye la Eucaristía y el orden sacerdotal y nos deja el mayor de los mandatos del cristianismo. Sacramento del amor. *“Amaos unos a otros como yo os he amado”*.

Si Cristo, el Maestro, se humilla hasta el punto de lavar los pies a sus amigos, ¿quiénes somos nosotros para no amar hasta la humillación?

Concluidos los Oficios, el Santísimo Sacramento es trasladado, de forma solemne y depositado en el tabernáculo, instalado en el Monumento. Comienza la vela y acompañamiento hasta las doce de la noche, hora en la que las luces del templo se apagarán y permanecerá oscuro, sólo la luz de una vela alumbrará su real presencia en esta noche santa, en la que sufre los estragos de su pasión.

Y se produce uno de los instantes **más rancios e inmemoriales** de esta jornada. La **denudación**. Toca desnudar los altares menores y retirar del altar mayor **todo**, práctica que el Concilio Vaticano segundo reformó, y que cada

año realizamos los antiguos monaguillos con delicadeza. **Todo lo que ha sido motivo de celebración y júbilo en los Sagrados Oficios, ha de ser retirado.** Es más que evidente que **no se renovará el Santo Sacrificio hasta la Vigilia Pascual.**

Se retiran los crucifijos de los altares. Se remangan los paños, se tumban candelabros y sacras y desaparecen todas las flores y símbolos estéticos. Comienza el Triduo Pascual, la pasión de Cristo, y la Iglesia, con esta antigua práctica, se prepara para vivirlo y celebrarlo, **ya que, terminada la última cena, quedan menos de veinticuatro horas de la vida terrenal del Señor.**

Los acontecimientos se sucederán de manera rápida: la oración en Getsemaní, la traición de Judas, el arresto, el juicio simulado, los golpes, las burlas, la coronación y la mofa, los escupitajos, el camino hacia el Gólgota y la muerte vergonzosa.

Se me vienen a la memoria muchos recuerdos vividos con el añorado Rafael Carrión, cuando montábamos el Monumento siendo nosotros unos niños, junto a él y su hermano José del Palacio, cuando nos mandaban a recoger los candelabros de todos los altares y, junto a la candelería de la Purísima, repartirlos por las casas de las mujeres de la parroquia para que los limpiaran, **con tosca y limón.** Y nos daban en algunas casas macetas de cenerarias y junquitos, que adornarían el monumento. Alguna que otra vez nos contó cómo algún año, los armaos de la Hermandad de Jesús llegaron a montar un rato de guardia en el monumento, durante la tarde del Jueves Santo. Poca gente viva hay que pueda recordar eso. Qué lástima que no hubiera fotografías de entonces.

A esta misma hora, un reguero de nazarenos rojos y morados llenan la antigua judería. Al fondo de la calle Hondilla irrumpen sonos sevillanos de la banda que, con honra, porta el nombre de la que es Reina de los Reyes. La compleja salida de los pasos de la Hermandad de la Humildad es cada año un privilegio para quienes, desde la misma puerta ojival, pueden disfrutarlo.

Solo rompe el silencio **que invita** a orar, los acordes musicales de la cofradía que inicia su estación desde su casa de Hermandad. La imponente talla del Cristo humilde y paciente, que Castillo Lastrucci nos legara, comienza a realizar su estación de penitencia por las calles de esta villa.

Con un andar lento y pausado
se abre paso entre el gentío
con firme compás, regio es el navío
portando preferente a un Cristo ensangrentado.

Galeón que por judería navegas
sedente Tú, Cristo enaltecido
que humillas tu mirada, entristecido
rubor que en mí origina tantas penas.

En un amargo cáliz, tu sangre es recogida
tus ropas, cruelmente despojadas
tus ropajes se reparten, tu túnica sorteada
descubren a la vista tu espalda escarnecida.

**Humilde Señor, muéstranos tu espalda llagada
por crueles flagelos el dolor es producido
con tu diestra sostienes tu rostro dolorido,
en la izquierda oculto, la rúbrica de quien te
tallara.**

**Triduo Pascual, amor fraterno
si Tú, con real presencia agradeces
sabiendo que en sagrario permaneces
digna honra, noble mandamiento.**

Si por lo estrecho de la calle la salida del misterio es compleja, por la forma de la ojiva de la puerta de la casa hermandad, poner el palio en la calle tiene su maestría. Ya la caída de la tarde bien nos permite disfrutar de los últimos rayos de sol que iluminan el rico bordado de las bambalinas de su palio.

Nuestra Señora de los Dolores, la dulce Señora de la judería, sale a nuestras calles en su monumental paso de palio, acompañada de la excelencia de un repertorio musical, muy acorde a la jornada. Suena la marcha que lleva Tu nombre y durante toda la noche, se irán sucediendo esas sublimes piezas musicales, esas que los más grandes compositores parecieran haber escrito para Ti. A los sonos de Margot, volveremos a deleitarnos con la elegancia que un palio se mueve, en la perfecta armonía que las bellotas de sus caídas se acercan a cada varal, arropada por los más nobles títulos

que en tus letanías te elogian y que llevas cincelados en Tus respiraderos de plata. Este año volverás a llevar luto de amargo dolor en tu varal, por la que fuera tu camarera, y por quienes **tantos años** compusieran la cofradía en esta vieja calle que lleva el nombre de nuestro Santo Patrón.

Y será a tu vuelta, de madrugada, mirando al cielo estrellado que se asoma para contemplar la belleza de tu recogida, cuando suenen los acordes de la Madrugá, como cada año ocurre, siendo ya Viernes Santo, y habiendo disfrutado de una **provechosa estación de penitencia**.

Señora, esculpida radiante por Illanes
que diriges Tu mirada, al cielo elevada.
Por justicia, de divina presea coronada,
bajo palio y escoltada por cincelados varales.

Simeón que en el templo predijo tu suerte,
Tu corazón, herido y traspasado
por siete puñales que son clavados
y causan en Ti dolor de muerte.

**Doncella pura, de porte cortesano
que paseas con salero por Hondilla
presumiendo tu belleza, cual chiquilla
celebramos tu grandeza los cristianos**

**Bambalinas que acarician los balcones
de lo estrecho de la antigua judería
Tus llantos son mis penas, tú mi alegría
primer sagrario fuiste, Madre de los Dolores.**

Cuando la cofradía de la Humildad pasa de vueltas por la Plaza de las Flores y va en busca de su casa, en la mía, empieza a ser un poco más Viernes Santo. Y parece que el reloj se resiste, y los minutos **van avanzando lentamente** para que llegue esta jornada. Desde que tengo recuerdos, esa madrugada no se duerme. Permanezco en vigilia, quizás por los nervios, cuando se es joven, seguramente por la experiencia, cuando ya se peinan canas.

Siendo aún niño, - porque tengo edad de haber conocido el cirio de palo, el de plástico y el más reciente de cera, - recuerdo cómo me despertaban las cornetas y los nazarenos haciendo sonar las antiguas bocinas, cuando iban a recoger a la Verónica-. Mi padre ya estaba revestido, y mi madre no daba a bastos preparándonos... el cíngulo de uno, la capa para el otro, el antifaz cambiado de capirote, que te has puesto el que no es... Y es que preparar a siete nazarenos, todos a la vez, eso solo puede hacerlo una madre como la mía, porque, además, ella se revestía la última.

Miren, les confesaré algo. Es día, debajo mi túnica y mi capa, voy revestido con mi ropa de costalero, camiseta vieja morada, despintada por el paso de los años y mi pantalón blanco, aquel que mi madre me hizo antes incluso de empezar a ser tu costalero. Hace trece años que ya mis achaques no me permiten llevarte, y cada mañana de Viernes Santo me sigo considerando tu costalero, **porque quien prueba ese veneno, más nunca puede dejarte.**

Es Viernes Santo, jornada de ayuno y vigilia. Desde que se terminan los oficios del Jueves y cae un rancio café, hasta que toda la familia Ortega Seda nos reunimos en la calle Ancha, una vez la Verónica ya está de vuelta en su casa, es este un momento familiar que cada año esperamos para disfrutarlo. Mi madre, y sinceramente no sé cómo lo hace, cuando termina su estación de penitencia y vamos llegando a casa, ya se ha

desvestido y tiene dispuesta la mesa, con una variedad de viandas que la ocasión merece... aliño de Viernes Santo, ensaladilla, guisantes con huevo y el bacalao frito o con tomate, y tortillas. Es momento de comentar el desarrollo de nuestras penitencias en esa mañana, aunque no hay que tardar mucho porque hay que arreglarse para asistir a los Oficios de la Pasión del Señor.

La noche antes, cuando la cofradía de la Humildad ha pasado por la casa de mis padres, antes de que mi hermano marche a buscar a su otra debilidad, el nazareno de Pasión, con un abrazo y un beso quedamos convocados para dirigirnos mañana hasta la ermita, y ponernos frente a Ti y Tu Madre. Unos instantes de silencio, **porque no hace falta decir nada, ustedes lo estáis diciendo todo**. Unas oraciones y nos ponemos rumbo a la calle Benardo.

No soy capaz de encontrar palabras para describir lo que se vive desde la intimidad que un antifaz ofrece, esperando en la puerta de la casa hermandad desde mi último tramo. Ves la respiración mantenida de los capataces y los costaleros, observas la llegada de los armaos a caballo que abrirán el cortejo, y contemplas los rostros cansados de los músicos de la Banda que van a recoger a la Verónica. Busco entre el bullicio de los tramos que se van formando los ojos de mi madre y mi padre, cuando aún te acompañaban de nazareno, de mis hermanas, de mis sobrinos, y de mi mujer y mi Celia.

Ve entonces llegar a mi Marta, con su uniforme de músico, con su medalla de jesuista, buscándome, mientras se dirige a la casa hermandad. Y es cuando me reconoce y me da un beso, cuando caen mis primeras lágrimas. **Bendito Viernes Santo**. El nudo en la garganta y el labio de arriba mordido solo pueden contener que no se oigan mis sollozos.

Mis siguientes rezos de la mañana llegan cuando las diputadas de mi tramo, una vez repasadas las posiciones, - que cada año es la misma lucha, Manoli, porque ninguno nos enteramos, - comienzan a rezar. **Momentos indescriptibles.** Mientras terminas de rezar, reparas cómo los hermanos nazarenos que me anteceden ya se encaminan para tomar su cirio y acceder la Ermita. Mucha más gente que esta mañana cuando llegamos temprano.

Ya las puertas y el cancel están abiertas, y las cuadrillas arropan a los pasos. Está sonando el martillo a la misma vez que cruzo el dintel de la ermita.

Ya no hay vuelta atrás. A la calle la cofradía, que te espera una plazoleta rebosante, la escuadra romana aguarda para darte prendimiento y las sentidas saetas están retenidas en las gargantas de los grandes cantaores de Mairena.

Porque desde que entro cada día por la puerta de la ermita, se me sobrecoge el corazón. Y busco esa vela roja encendida y fijo mi mirada en tu pie, que pisa el tabernáculo que es monte pétreo del tesoro de este templo.

Nadie que se precie en el gusto por la imaginería puede pasar por alto **la hechura de tus manos**. Es mirarte, e irse los ojos al realismo de su talla.

Son Tus **manos**, Señor, que agarran con firmeza la cruz de nuestras culpas. Unas manos que nos bendecirán gloriosas mientras entras en la ciudad de David.

Las mismas **manos**, que antes de padecer infames torturas, partieron el pan que diste a comer a los apóstoles, y que suponen el mayor regalo que nos quisiste dejar: Tu presencia real bajo las apariencias de vino y pan.

Esas **manos** que te dañaron, amarrándolas con sogas hirientes al prenderte en Getsemaní. **Manos** que sostienen tu rendido rostro en la humillante espera de ser clavado en la cruz.

Esas mismas **manos** que, habiendo sido traspasadas indignamente por clavos, sostienen Tu cuerpo, prendido en la cruz.

Las mismas manos, sin vida, que descansan sobre Tu cuerpo yacente en una urna.

Y son esas manos con las que, nuevamente volverás a bendecirnos habiendo vencido a la muerte.

Y trato de mirarte, Nazareno,
porque es algo que **nunca** he podido hacer,

mantenerte la mirada.

Porque me han enseñado a quererte desde niño,
a caminar junto a Ti cada día.

Porque mis ofensas son mayores que tu ternura,
porque necesito sentirme mirado por Ti.

Necesito descubrir la grandeza de lo pequeño,
porque preciso asombrarme ante el misterio de la vida,
porque quiero aprender de **Ti** a despojarme de todo,
porque deseo acoger mi pequeñez en tu grandeza.

Te miro, Nazareno,
porque quiero aprender a ver tu rostro en cada rostro,

porque quiero aprender a darle el valor

que tú le das a cada ser humano,

sea de donde sea, sea como sea.

Te miro, Nazareno, porque quiero dejarme mirar por Ti.

Y tú, Amargura, mancillada tu cara **hasta el punto de no poder albergar más dolor**, sigues a Jesús por la calle a la que dieron tu nombre, protegida y amparada por aquel que sostuvo la gallardía de acompañarte, aquel al que tanto quería Jesús, como menciona en su evangelio.

Las almenas del Castillo de Luna son testigos cada año del encuentro con Tu Hijo, recreación recuperada, y que precede a la celebración de uno de los fragmentos del antiguo y singular sermón de la Pasión, añejos ritos de la ceremonia litúrgica que en nuestra villa se celebra de forma inmemorial.

Y caminas, caminas detrás de Él **con la misma integridad que cada madre muestra ante las adversidades que en su casa, y a sus hijos les ocurren**. Y es que Tú, Amargura, Madre del cielo, y nuestras madres, pareciera como si Dios **os hubiera hecho de una pasta diferente**. ¡Cuánta resiliencia, cuanta audacia para daros cuenta de nuestras necesidades! Con solo mirarnos, con solo escucharnos, ya conocéis nuestros apuros y, como en Caná de Galilea, te dispones a contárselo a Tu Hijo, y ponerlo en sus manos, **sabiendo que Él nunca desatenderá lo que Tú le presentes**.

De tu procedencia y autoría, Nazareno, hay tanta atribución. Sólo sabía de oídas que llegaste de Carmona, metido en un saco. Sostengo el privilegio de haber conocido, en vida, a la que fuera santera de la Iglesia conventual de San Francisco, donde tu recibías culto. Doña Magdalena Pérez de las Heras, una señora cercana a los cien años, que seguía viviendo, con su hija, en la casa anexa al convento. Por avatares de la vida acompañé aquella mañana de sábado a unos amigos hasta Carmona, para despachar con esta familia. Ya la avanzada edad de esta buena mujer hacía que fuera su hija quien nos contase cómo ocurrió el derrumbe de la cúpula de la capilla donde recibías culto, y el desplome que originó que cayesen los escombros y destruyeran tu bendita talla.

Magdalena, con la voz cansada, pero entendible, narraba cómo en ese instante puso a todos sus hijos a remover los escombros, hasta que apareciese la última astilla de tu malogrado cuerpo. Cada lasca, cada trozo de tu cuerpo que iba apareciendo iban introduciéndolo en un saco... de ahí la historia del saco.

Pero lo bueno venía después. Llevaba en mi cartera, como siempre hago, una estampa tuya y de tu bendita madre, de esas que se hicieron en su día como los carteles de Quitapico. Y se la di a ella. La hija le avisó que era una foto del Señor.... ¿Quién decía que Magdalena no veía? Besaba la estampa y se la llevaba al pecho, llorando ella, llorando la hija, llorando nosotros... besos y más besos a la estampa diciendo “**mi Señor, mi Señor, mi Señor, mi Señor** “. Es posible que hubiesen transcurrido **más de sesenta años** desde la última vez que lo viera. Cuando íbamos a marcharnos, la hija de la santera pretendía devolverme la estampa.... Me negué, Dios me libre. ¡Cómo iba a privar a esta buena mujer de que volviera

a verlo de nuevo, si yo lo tengo aquí, tan cerca, como lo tuvo ella y lo cuidó durante tantos años!

Tampoco se me olvidará nunca aquel Viernes Santo cuando, por un contratiempo cuaresmal, que bien pudo ser remediado o, quizás por obra de la providencia, quiso Dios que llevaras, aquella mañana en tu palio algunos claveles blancos macarenos y varias piezas de cera trianera. Poca gente lo sabe.

Mezclada entre la turba fiel le sigues
y te rompes con cada azote que le pegan
sentido abrazo que bien le dieras
divina compasión que por Él sientes.

De entre aquel bullicio, se adelanta
una mujer, la guardia esquiva
de aquel justo hombre, conmovida
valiente mujer, Verónica Santa.

Enjugas su sudor con noble embozo
su mirada te dirige cuan extasiada,
te ofrece su reliquia tan preciada
impreso en el lienzo su Santo Rostro.

Caminas junto a un joven desenvuelto
siguiendo rastro de sangre cual Jesús derrama
a un labriego hombre le reclaman

que suba hasta el calvario su madero.

**Tres veces caes, por mis pecados
te abrazas a tu cruz, y sin consuelo,
resignado a la muerte, cual cordero
tres te levantas, desgarrado.**

**Divino rostro, de ojos rasgados
redimes con tu muerte mi incultura
consuelas sin consuelo su Amargura
clavado en una cruz somos salvados.**

Después de haber expirado el hijo del carpintero, el gentío que se agolpaba tras el cordón que la guardia romana había formado para retenerlo, se marcha del Gólgota tras haber presenciado toda la ira de la naturaleza, tronando y ocultándose el cielo en tinieblas. Dicen que hasta el velo del templo se ha rasgado por la mitad. En verdad ese hombre era justo y venía del cielo.

Están dando las siete de la tarde y un recio golpe de cerrojo precede al rito de apertura de las puertas, y deja entrever el interior del templo parroquial. Recién han concluido los oficios de la Pasión. Dios, mi Dios, has muerto y la humanidad permanece temerosa y asustada. Te hemos adorado en la cruz. Hoy solo eres Tú, que presides la sobriedad del templo, porque Tu cuerpo sagrado que ayer nos dabas a comer, ya no se encuentra en el Monumento, que está apagado, como la propia humanidad.

“Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”. Con estas palabras rasgadas de dolor abandona Cristo esta vida.

Imaginen por un momento la secuencia de la conversación entre los ladrones. Gestas tentaba a Jesús para que se salvase de aquel suplicio y los salvase a ellos. Dimas, por el contrario, lo increpaba, sabiendo de la naturaleza de aquel buen hombre que agonizaba. *¿Ni tan siquiera temes a Dios estando en el mismo suplicio? “Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino”.*

Y Jesús, en su infinita misericordia, no reparó en invitarlo a pasar con Él a ese reino del que tanto nos habló. No le tuvo en cuenta las causas de por qué era castigado con la cruz, ni le preguntó qué le había llevado allí. Sencillamente, lo perdonó y le prometió llevarlo con Él.

Nunca la humanidad estuvo más desamparada que desde el momento que has expirado en la cruz. Y es entonces cuando se escucha en el silencio del templo el primer encuentro de la Via dolorosa, y comienza la estación de penitencia, abriendo **el solemne cortejo el emblema sobrecogedor “TOMA TU CRUZ Y SÍGUEME”**. Hay frases que piden mármol y esta es una de ellas.

Tarde de viernes santo,
ha muerto ya Jesús.
Tarde de pena y llanto
que destrozó una cruz.

Miras al hijo muerto,
me miras luego a mí.
Tú me lo diste vida,
yo te lo doy así.

El Señor del abrazo infinito sale a las calles de nuestra Villa para que los hermanos cruceros **profesen de manera pública su fe y admiración a su presencia real en el santo sacrificio que acaba de consumarse en el Gólgota**. Como dijo un buen amigo, “la hermandad de la Vera Cruz no sale a la calle para que la gente la vea, sale para que esa misma gente vea el compromiso y responsabilidad contraído con ser veracruzista.”

Y tras Él, la Madre, **rota de dolor**, camina junto al discípulo amado, que han tenido que presenciar **cómo la Vida que da Vida** abandona este mundo, vejado y escarnecido.

En la gloria de tu palio llevas escritas, con lágrimas, las penas de tus hijos. **En cada ir y venir de sus caídas van llegando a tus oídos nuestros lamentos**, por quienes se han ido tan jóvenes, por aquellos que sufren y no lo cuentan.

Aprovechan esta noche para decírtelo, **otra vez**, como si Tú no lo supieras. Atiendes tantas súplicas a la vez, Madre, que, si no me oyeras, Juan que va a tu lado, si lo escucha. Tiene **todo** un Viernes Santo para decírtelo al oído, sin pretender molestarte, porque, Ancilla, con la muerte de tu Hijo, ya tienes bastante.

Qué sosiego llevas en tu cara
quién dijera que vas muerto
noble gubia del maestro
sacra faz bien te tallara.

Ingrata tu muerte recibida
condena indigna te escribieran
en cuatro lenguas la esculpieran
tabla de cruz es presidida.

Cual villano te castigan
dos ladrones te acompañan
Dimas expía, Gestas ensaña
su bondad le salva, su odio lo condena.

Nunca tanto dolor provocó singular belleza,
bajo un palio recibida, por el apóstol amado,
que sostiene, junto a Ella su entereza,
y por madre recibida, de su Maestro, fiel encargo.

Duerme, mi Hijo, en tanta muerte
que ya tu vida por amor fue entregada
heme aquí tu sierva, he aquí tu esclava
la humanidad redimida por tu mal suerte.

**Por tu Sí, Verbo engendrado
humilde nazarena, nueva alianza
generas obediente la esperanza
nuevo reino, abren los cielos al pasado.**

**Enorme tu dolor, amada Madre
desgarros de una pena que mancilla.
¿Cómo aliviarte Señora de la Ancilla?
pues no hay palabras que conforten tan amarga tarde.**

Es Sábado Santo y amanece esta jornada de luto con la sensación de vacío que nos quedó ayer tarde y que se apodera de nuestro entorno. El cuerpo sin vida del Maestro yace en el sepulcro y nosotros nos hemos quedado huérfanos de Él. Mientras contemplamos la desnudez de una cruz vacía, acompañamos a la Iglesia en una jornada de desolación ¿Cómo es posible que se quede en nada lo vivido junto a Él? Nunca la vida se mostró más injusta que en estos instantes. La carne descansa, muerta en el sepulcro, después de que María recogiese en sus brazos a su hijo.

En el templo parroquial, tras haberse rezado las laudes ante Cristo muerto, toca preparar la liturgia de la Vigilia Pascual. Hay que volver a dotar de su mayor esplendor al altar mayor, adornando en un lugar preferente el pie para el cirio pascual y la ajofaina con el agua que será bendecida en esta noche santa. Hay que acomodar las velitas para la procesión y preparar la candela, que antiguamente se proveía del requemo de cera que Pablillo nos daba y de las tablitas y retales de la carpintería de los Pepitos Canto.

Desde la antigua calle Trianilla, con la Fuente Gorda por testigo, se dirige **la soleana cofradía del Santo Entierro de Cristo para realizar su estación de penitencia** y discurrir por las calles de esta Villa. Arranca el cortejo el paso del patíbulo donde se consumó la tragedia, que **es símbolo y escudo de esta Hermandad**. Tras este, el **imponente sepulcro** que custodia el cuerpo inerte del Galileo que tallase Galiano, que en la madrugada fue descendido de la cruz mientras se celebraba el antiguo sermón del Descendimiento.

Concede Poncio Pilatos

a José de Arimatea

permiso para bajar

a Jesús de Galilea
que crucificado está.

Descansas ya, Maestro bueno sobre el lecho de la muerte, en una urna que mandaron custodiar por soldados. El tañer de las esquilas en el cortejo fúnebre silencian a tu paso al gentío que aguardan para verte pasar en esa regia sepultura **que deja ver tras de sí la humildad que hasta muerto derrochas.**

**Al posar de un noble zanco,
cuando cruje la madera,
el mismo Dios quien espera
envuelto en lienzo de lino blanco.**

**Atrás quedó la agonía que tu vida desgaja
envuelven el cuerpo en sudario, bella reliquia nos
dejas
transmites tanta paz que la Síndone refleja
impregnas tu pasión en lo veraz de tu mortaja.**

Y tras de Él, el duelo de una madre que no encuentra consuelo. Soledad, todo el mundo se ha ido. Y lloras sin compañía, sin que puedan salir más lágrimas de tus ojos castigados. Los tambores destemplados que te acompañan **no quieren agravar más tu pena.** Y serán los sones fúnebres de Farfán, de Gómez Laserna, de Braña, de Cebrián, de

Pantión o Font de Anta, los que te servirán de bálsamo en la amarga Soledad por la que pasas, tratando de serenar **un dolor que no tiene cura.**

Será más tarde, al caer la noche, cuando un cruce de saetas, nacidas de las gargantas de los cantaores de esta tierra, cuando vuelvan a enjugar el desgarró que has de estar sufriendo, contemplando al fruto de tus entrañas yacente.

Es después de que la cofradía soleana hace su entrada, cuando vuelve a reunirse la comunidad parroquial para celebrar la **Madre de todas las Vigilias**. Si ya la liturgia de los primeros días del triduo pascual es bella, **en esta, la excelencia roza la perfección**. Rito de la bendición del fuego, seguido de la procesión, a oscuras, con el cirio pascual. Tres veces se evoca a la grandeza de Dios, entonando el LUZ DE CRISTO, para volver a la luz, y que sea bendecida el agua. Tras el Pregón Pascual y el canto del gloria al repique de las campanas de la torre, se iniciará una liturgia de la palabra de nueve lecturas y una epístola, todas con su salmo, para concluir con la lectura del evangelio de la resurrección, celebrando de esta forma la alegría que Cristo ha resucitado. Morts Morten Superavit.

Es tradición, porque así lo cuentan
que un bando de golondrinas a tu cruz se acerca
aliviando tu cruento morir con gran afrenta,
arrancando con sus picos las espinas
que en tu dulce frente te atormentan.

¿Por qué te llamo, Jesús?, y no respondes
y mis lamentos absorben tus heridas
¿de dónde, tanta muerte?, Él que es vida
por mis miserias que en Ti se esconden.

**Si mueres por mis culpas, honrado hombre
por tus tormentos, mi alma es perseguida
vivirá por siempre mi conciencia huida
por tanto, amor que inmerecido encuentre.**

**María, luto de amor, carne arrancada
afrenta su dolor restablecida
solloza y desespera reprimida
mis pecados son Tu muerte y tú, mi vida.**

El sabbat se aproximaba y habían de apresurarse para dar sepultura a Jesús. Colocaron el cuerpo sin vida en el sepulcro, rodaron la piedra y se marcharon. Al irse, vieron acercarse a una guardia de soldados que Pilatos mandó, para asegurarse que sus discípulos no fueran a llevarse el cuerpo, y que lo que aquel impostor galileo contaba de resucitar a los tres días, fuese a ocurrir.

Aquellas dos jornadas y media hubieron de ser de un **vacío terrible**. El miedo se apesó de los apóstoles, que se mantuvieron encerrados sin abrirle la puerta a nadie. Amanecía el primer día de la semana, cuando se presentaron en la casa, María Magdalena con la madre de Cleofás, que venían con las sábanas en la mano y el tarro de los aceites con el que iban a preparar el cuerpo. La piedra estaba movida y el sepulcro abierto. “Nos hemos asustado y hemos corrido a contarlo”.

Salieron para donde el sepulcro, y al entrar, Pedro, vio las sábanas enrolladas y el sudario doblado. No estaba el cuerpo del Maestro. Sentado en la piedra había un ser “*¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado*”.

Toda la pasión, muerte y resurrección de Cristo estaba llena de símbolos de la cultura hebrea. Puede pasar desapercibido el hecho de que el sudario lo encontraron doblado y depositado en la piedra, aparte de las sábanas con las que fue envuelto. El judío era educado desde niño en la costumbre de que el gesto de doblar la servilleta en la mesa significaba que tenía la intención firme de regresar. El Maestro volverá. He ahí el mensaje. Cristo vendrá de nuevo.

(Mirando al señor Resucitado). Veinticinco años cumples en el presente. Fuiste un deseo de Don Antonio Gavira, que se hizo realidad. Recuerdo cómo entraste en este templo, terminada la Vigilia Pascual, cuando buscábamos la intimidad de una iglesia apagada y desierta de fieles y nos encontramos al añorado Luis Miguel esperándote, revestido con su alba y sonando el Aleluya de Haendel, celebrando la Pascua con tu llegada.

¿Quién eres tú, muerte
que osas postrar al que es vida?
Susurras tus palabras incoherentes
despierta del sepulcro renacida.

Tres días estuviste oculto en el sepulcro,
tres jornadas de incierto predecir
tu muerte nos dejó huérfanos de ti,
nunca un silencio se volvió tan inseguro.

Si con tu muerte se probó que humano eras
con tu resurrección, tu divinidad fue confirmada
resurges, glorioso, a una vida renovada
renuevas la esperanza verdadera.

**Aquella noche Pedro, tres veces te negara
por dos, canta el gallo y huiste sin consuelo
negando yo al Maestro, ¡que improperio!**

sí siempre por Él mi vida yo entregara.

**Con tres afirmaciones tu renuevas
a otras tres preguntas del Maestro
sentado ante las ascuas, Pedro, ¿me amas?
reviertes el error que cometieras.**

Esta oración va llegando a su fin. Como habéis podido ver, ni soy hombre docto ni propenso a la palabra. Soy más bien de vivirlo, por lo que espero que no me juzguéis por lo escrito. **Mi única intención ha sido habéroslo hecho sentir. El que regala bien vende, si el que recibe comprende.**

Y antes de salir por esas puertas y que este pregón se someta al tradicional despelleje, que no se desvirtúe mi mensaje. Decía San Felipe Neri que los hombres, muchas veces, somos carpinteros de nuestras propias cruces. **No hagamos las cosas más difíciles de lo que ya son.**

Abandonemos los egos y miserias. Dejemos de mirarnos el ombligo, porque éste, una vez cumplida su misión de mantenernos unidos a nuestra madre, tras el parto, solo queda como un elemento de adorno.

Que estamos en esta vida por un rato como para estar amargados y amargando a la gente.

Que, en este mundo de hermandades, hay que estar siempre **con la gente y para la gente**. Que, si quieres que te vengan, tú has de ir, si quieres que te dejen, tú has de prestar.

Que para muchos somos espejos donde mirarse, **y la gran mayoría no se arriman por lo que ven.**

Que la fe es la certeza de lo que se espera.

Que hay que haber aprendido **a ser yunque para cuanto toque ser martillo.**

Que las personas podríamos aprender de nuestros errores si no estuviésemos **tan ocupados en negarlos constantemente.**

Que lo correcto es lo correcto, aunque no lo haga nadie. Y lo que mal está, está mal, aunque todo el mundo se equivoque al respecto.

Y que el primer paso de la ignorancia **es presumir de saber.**

San Agustín decía que **hagamos lo que podamos y recemos por lo que aún no podemos hacer.** Yo rezo por nuestros sacerdotes, para que lleven su ministerio acercándonos a Jesús, que ejerzan su labor de pastores que buscan al que se pierde, pero sin abandonar a los que tratamos de mantenernos fieles a nuestra Iglesia.

Rezo también por las Juntas de Gobierno de nuestras Hermandades, para que rehúsen del protagonismo **que solo es merecido por Cristo y por su Madre,** y para que sirvan a sus hermanos y se afanen por acercarlos a ellos.

Rezo por nuestros dirigentes, para que gobiernen con justicia y propicien la armonía, y **sean capaces de superar intereses particulares, para trabajar por el bien común.**

Rezo por la juventud, para que se mantengan leales a Cristo, porque como dijo San Juan Pablo II, aunque tengamos

que volver a ser doce, que no se desvíen de la misión de la Iglesia.

Seamos humildes, porque a final de esta partida, peón y reyes volveremos a la misma caja. Y, si alguna vez me preguntas por qué salí de tu vida, igual y tienes que responderte, **porque nunca me quisiste en ella.**

Ama a las personas y a lo que haces de corazón **y no esperes agradecimientos. Se es más feliz así.**

Estemos alerta, porque todos los días hay un gallo que canta y **muchos momentos para negarlo.**

A este mundo no vinimos a hacer el bien o el mal, hemos venido a hacer lo correcto. Por tanto, **descansa satisfecho de haber hecho lo correcto**, si es tu caso, **y deja que los otros hablen de ti lo que les plazca.**

Extraño aquellas Semanas Santas que conocí, una Semana Santa **romántica, de pueblo, que quiere que la dejemos seguir siendo la Semana Santa de pueblo que siempre fue**, en la que las modas se queden para otros espacios, donde continúe siendo la celebración religiosa por excelencia del lugar, y donde vayamos de la mano las cofradías con la iglesia, como siempre han ido, como me enseñaron esos mayores que ya no están con nosotros.

Se me quedan **muchas** cosas por contar. Esas, nos buscamos una tarde y, con un café o una cerveza de por medio, prometo contarlos.

Salgamos a las calles, vivamos en los templos, alejémonos de los fanatismos porque, como decía Voltaire, cuando las obsesiones ha gangrenado el cerebro, la enfermedad se vuelve incurable.

No dejemos de hablar de Dios a través de nuestras cofradías, en nuestros ensayos, en las tareas de priestía, en los quehaceres de cultos y la organización de la cofradía. Porque, quizás, mucha gente se esté fijando en nuestro comportamiento como si de un evangelio se tratase.

POR TODO ESTO, TODO LO QUE HABLÉ, LO VIVÍ. TODO LO QUE VIVÍ, LO DISFRUTÉ. PERDAMOS EL MIEDO A SER DE ÉL, A PRESUMIR DE ÉL, A DEFENDERLE A ÉL.

NADA DE LO CONTADO ES MENTIRA, PORQUE OS HE ABIERTO MI CORAZÓN, Y QUIEN DE VERDAD ME CONOCE, NO PUEDE DUDAR

QUE ME IMPLICO ALLÁ DONDE ME METO.

**QUE ME SIENTO COMPROMETIDO CON LA FE,
CON MI IGLESIA, CON MI PARROQUIA, CON MIS
HERMANDADES.**

POR CRISTO, POR MARÍA, POR MAIRENA,

POR MI VIDA, POR TI, NAZARENO.

ITTER MISA EST.

BENDITO SEAS MI DIOS.

HE DICHO.